

## *Encuentros y desencuentros en la Etnografía*

Olga MONTES GARCÍA  
*IISUABJO*

Al maestro y amigo Andrés Medina,  
por su apoyo.

### **RESUMEN**

En este artículo quiero exponer algunas reflexiones sobre la construcción del conocimiento en la Antropología, la relación entre el investigador y el investigado, así como la presencia en la investigación social de las relaciones de poder. Baso estas reflexiones en mi experiencia de campo con empresarios de origen europeo y estadounidense y con la población zapoteca de Oaxaca. Abordo los obstáculos con que se topa la investigación social y que pueden afectar a la supuesta objetividad con la que debemos trabajar, como son los valores morales diferentes, las percepciones del mundo diversas y en ocasiones opuestas, los mismos estados de ánimo del investigador. Todo esto, aunque se haya negado, influye en la investigación social y ello es lo que intento mostrar a través de mi experiencia. Abordo también el tema de las relaciones de poder en la investigación social, en especial cuando, como fue mi caso, el investigador pertenece a un grupo social calificado como inferior al que estudia.

**Palabras clave:** Etnografía, relaciones entre investigador e investigado.

### **RÉSUMÉ**

Dans cet article, je veux émettre quelques réflexions sur la construction des connaissances à l'anthropologie, les rapports entre le chercheur et le sujet étudié,

ainsi que la présence du pouvoir dans la recherche sociale. Je pose ces réflexions sur la base de mon expérience avec des entrepreneurs d'origine européenne et américaine et des zapotèques d'Oaxaca. Je présente les obstacles rencontrés dans la recherche sociale qui affectent l'objectivité du travail scientifique, comme le sont: les différentes valeurs morales, les états d'âme du chercheur. Tout cela influence la recherche sociale et je veux le démontrer à partir de mon expérience. Je présente aussi le thème des rapports avec le pouvoir dans la recherche, surtout quand le chercheur appartient à un groupe social qualifié comme inférieur au groupe social qu'il étudie.

**Mots clef:** Ethnographie, rapports entre chercheur et sujet étudié.

## INTRODUCCIÓN

La tradición antropológica ha privilegiado el trabajo de campo en la construcción del conocimiento social. La Etnografía ha jugado un papel importante dentro de la generación del conocimiento antropológico. Se ha buscado la objetividad del investigador en la elaboración de etnografías, es decir, que en el informe final no estén presentes las emociones, los sentimientos, los valores del etnógrafo. Sin embargo, los que de alguna forma hemos realizado investigaciones antropológicas, sabemos bien que, al ser nuestro sujeto de estudio seres humanos con valores, sentimientos y emociones como nosotros mismos, esto es imposible. Esos sentimientos se hallan presentes y, de una forma o de otra, moldean nuestro trabajo. Si queremos avanzar en la discusión sobre la forma en que se genera el conocimiento en la Antropología Social, pienso, es necesario reflexionar sobre la forma en que construimos las etnografías y, dentro de ella, la manera en que la subjetividad está presente.

En este artículo, quiero presentar algunas reflexiones sobre la importancia del trabajo de campo del antropólogo, exponer situaciones reales, alejadas del romanticismo con el que durante mucho tiempo se ha investido este trabajo, que permitan discutir la forma en que se ha generado el conocimiento en la Antropología y el papel que en él ha jugado la etnografía. Es muy importante mostrar la forma en que se han construido las etnografías, en especial la manera en que se han obtenido los datos. Para ello es necesario hacer explícitos los factores que están presentes durante el trabajo de campo: la subjetividad del investigador, las relaciones de poder, la respuesta de la comunidad hacia el tra-

bajo del antropólogo, etc. Mi interés es discutir estas cuestiones con base, principalmente, en el trabajo de campo que realicé con un grupo de empresarios de origen europeo y estadounidense en la ciudad de Oaxaca, de donde soy originaria. Esta reflexión está enriquecida con las experiencias previas que he tenido con la población zapoteca de mi estado natal: Oaxaca.

## **EL TRABAJO DE CAMPO: CARACTERÍSTICA DE LA ANTROPOLOGÍA**

El rasgo distintivo de la Antropología Social es el trabajo de campo por periodos más o menos largos. Durante esos lapsos de tiempo, se espera que conozcamos la cultura nativa que estudiamos, que penetremos en la lógica de los significados y símbolos; si logramos aprender el idioma nativo, el conocimiento será más conciso y preciso. Malinowski instauró la tradición de realizar el trabajo de campo, de participar en cada uno de los actos que la comunidad realice como si fuera una parte de esa cultura. Con él se instituyó la observación participante como norma profesional. Malinowski enunció claramente el principio metodológico de que el estudioso

«debe colocarse en buenas condiciones para su trabajo, es decir, lo más importante de todo: no vivir con otros blancos, sino entre los indígenas» (1973: 24).

En su famoso libro *Los argonautas del Pacífico occidental*, delinea sus principios metodológicos al plantear el papel que juega el investigador y el informante. Al respecto dice:

«Considero que una fuente etnográfica tiene valor científico incuestionable siempre que podamos hacer una clara distinción entre, por una parte, lo que son los resultados de la observación directa y las exposiciones e interpretaciones del indígena y, por otra parte, las deducciones del autor basadas en su sentido común y capacidad de penetración psicológica» (1973: 20).

De alguna forma la objetividad la da la capacidad de penetración psicológica del investigador, no tanto los testimonios del indígena. Después retomaré esta cita.

La inauguración de esta forma de hacer Antropología, que unía al etnógrafo con el antropólogo, condujo a innovaciones institucionales y metodológicas que son, de acuerdo con James Clifford (1991: 149-150), las siguientes:

- 1.º Se valorizó la figura del trabajador de campo tanto pública como profesionalmente. Es decir, la Antropología logró el estatus de cientificidad requerido, lo que alejaba a los profesionales de los aficionados. Los primeros requerían de un entrenamiento previo.
- 2.º Existía un acuerdo tácito en que el etnógrafo de nuevo estilo, cuya permanencia en el campo rara vez excedía los dos años, podía usar con eficiencia los lenguajes nativos sin dominarlos.
- 3.º La nueva etnografía estaba marcada por un énfasis creciente en el poder de la observación. La cultura se hallaba construida como un conjunto de conductas, características de ceremonias y gestos susceptibles de registro y explicación por parte de un observador entrenado.
- 4.º Ciertas abstracciones teóricas poderosas prometían ayudar a los etnógrafos académicos a «alcanzar el corazón» de una cultura más rápidamente.
- 5.º Dado que la cultura considerada como una totalidad compleja era siempre demasiado amplia como para dominarla en una investigación breve, el nuevo etnógrafo procura focalizarla temáticamente sobre instituciones particulares.

A partir de este momento, el trabajo de campo constituyó el rasgo distintivo principal de la Antropología con respecto a las demás ciencias sociales y el elemento que garantizaba la cientificidad del trabajo. El trabajo de campo se centró --y aún se centra-- en la experiencia del antropólogo en una comunidad indígena, en la participación en esa cultura. Apareció una imagen del etnógrafo como extranjero que penetra en una cultura

«arrostrando una especie de iniciación que conduce al rapport (en su expresión mínima, aceptación y empatía, aunque habitualmente implica algo que se parece a la amistad). De esta experiencia emerge, de manera no especificada, un texto representacional escrito por el observador participante» (Clifford 1991: 153).

De esta manera, el objetivo de la Etnografía es, dentro de la tradición clásica, representar el mundo de los «otros», de los «exóticos», de forma obje-

tiva, es decir, «tal y como estos otros lo veían» (Marcus y Cushman 1991: 181). Sin embargo, la determinación de lo que es objetivo viene proporcionada por los criterios de una ciencia «nuestra», que se desarrollaba en Occidente: la Antropología. Esta forma de hacer Antropología informaba poco o casi nada de la manera en que era construida, de la forma en que se obtenían los datos, de la vivencia del antropólogo durante su trabajo de campo. Pareciera que en esta etapa todo transcurría de manera idónea para el antropólogo, sin problemas para tener acceso a la información y, sobre todo, sin vivir los conflictos que pueden darse al enfrentarse con una sociedad y cultura diferentes a la propia. Pareciera como si el entrenamiento recibido en las escuelas de Antropología los hubiera vacunado contra la subjetividad y hubiera garantizado un buen rapport.

Esta forma de hacer Antropología proporcionó textos bien escritos, datos ordenados que brindan una idea de una cultura extraña a la nuestra; sin embargo, dejan de lado aspectos importantes como son la forma en que se estableció el rapport, las dificultades encontradas para desarrollar el trabajo de campo, la propia situación emocional del investigador, producto del choque con una cultura diferente a la suya y que influye en la percepción que tenga de ella, los criterios utilizados para ordenar la información y, lo más importante, la posibilidad de realizar una crítica sobre la práctica etnográfica propiamente dicha. ¿Realmente lo que se describe es lo que los nativos piensan de su cultura?, ¿la interpretación es correcta?

Esta concepción sobre la forma en que se debe realizar la investigación antropológica ha continuado a través de la enseñanza de la Antropología. Los estudiantes de esta disciplina, y después como profesionales de la misma, hemos aprendido y aplicado esta metodología, hemos identificado en el trabajo de campo la columna vertebral del trabajo antropológico<sup>1</sup>.

En lo personal, durante las primeras experiencias partí con la idea de que el trabajo de campo garantiza la objetividad y la cientificidad, en tanto yo había sido formada para saber qué debía observar, registrar y cómo ordenar esta información que me proporcionaban los informantes, con base en mi capacidad para establecer un buen rapport con los habitantes de la comunidad estudiada. Durante estas primeras experiencias, nunca reflexioné sobre la pertinencia o no de este método. Así lo habían hecho los antropólogos en

---

<sup>1</sup> No quiero decir que esté en contra del trabajo de campo. Yo misma soy una defensora de él, pero mi inquietud va en el sentido de reflexionar sobre la forma en que realizamos el trabajo de campo, qué es y cómo lo vivimos.

México y para ello había sido formada. Tenía los instrumentos para saber distinguir entre lo importante y lo secundario. Además, mi primera experiencia fue con una comunidad zapoteca, aunque no totalmente extraña a mí porque mi familia paterna es de allí, sí diferente en cuanto a formas de vida; la veía, finalmente, como una comunidad distinta, alejada, pero sobre todo, subordinada a la sociedad nacional a la que pertenezco.

En esa etapa no reflexioné sobre la forma en que se obtenía la información o sobre qué había detrás de esa relación antropóloga-informante. Para mí era normal que la gente me proporcionara la información requerida, no cuestionaba la manera en que construía una etnografía de una cultura que no era la mía. ¿Qué elementos hacían válida esa construcción? No lo reflexioné. En ese momento no tuve claro cómo en la investigación se hallan presentes las relaciones de poder que finalmente se reflejan cuando uno redacta la monografía. Fue necesario que yo trabajara con un grupo calificado como socialmente superior al que pertenezco para que meditara sobre estas cuestiones que hoy presento en este documento.

Así, con la ayuda de mis profesores, me aventuré a trabajar con un grupo de empresarios de la construcción descendientes de europeos y estadounidenses (véase Montes García 1998). Como mencionaba en líneas anteriores, en tanto que antropóloga realicé el trabajo de campo pensando que era la mejor forma de obtener la información requerida. La experiencia fue más rica de lo que pensé porque me permitió, por un lado, conocer a este grupo, tratar de entenderlo, y, por otro, reflexionar sobre la situación social de Oaxaca que permite aún la existencia de criterios raciales; y fue esta situación —que retomando a Balandier (1994; s.f.) denomino situación colonial— la que me condujo a reflexionar sobre las relaciones de poder presentes en la investigación, pero también sobre la relación general investigador/investigado. Muchas interrogantes surgieron a medida que realizaba el trabajo de campo, entre ellas: ¿Cómo se puede hablar de objetividad, si se estudian los procesos culturales y los antropólogos poseemos una cultura diferente y en algunos casos opuesta a la que interesa analizar?, ¿cómo enfrentar ese choque violento que se da cuando, de manera inconsciente, se ataca y menosprecia a los que no son como el grupo estudiado?, ¿cómo evitar los juicios de valor y garantizar esa objetividad cuando se estudia la misma sociedad a la que pertenece el antropólogo, aunque sea un grupo social distinto?, ¿el trabajo de campo por sí solo garantiza la objetividad que una ciencia requiere?, ¿cuando construimos nuestra etnografía, cómo lo hacemos, qué criterios utilizamos para ordenar los datos?, ¿en esta ordenación, qué tanto está presente nuestra subjetivi-

dad y nuestros valores? ¿logramos representar en la etnografía lo que vivimos durante el trabajo de campo?

Estas reflexiones son las que planteo hoy en estas líneas. Pienso que es importante discutir las porque subyace la problemática de cómo construimos el conocimiento en la Antropología; la cuestión de la autoridad etnográfica, como la han denominado algunos autores. Además, el trabajo de campo no es la etapa idílica que vive el antropólogo en donde la información fluye tranquilamente. Es una etapa difícil, de enfrentamientos consigo mismo, de cuestionamientos y de obstáculos para obtener la información y en donde se expresan las relaciones de poder. Todo estos factores inciden en la construcción de la etnografía, aunque no se quiera aceptar. No es lo mismo ir a un pueblo indio a estudiarlo que tratar de hacerlo con las élites.

## LA RELACIÓN INVESTIGADOR-INVESTIGADO

Como ya mencioné en líneas anteriores, la Antropología surge como una necesidad de conocer culturas diferentes a la occidental. Lo exótico y salvaje son de interés para esta ciencia. Sin embargo, las condiciones de hoy en día han cambiado y el quehacer antropológico se ha ampliado hasta abarcar a las mismas sociedades occidentales. Este hecho parecería ser intrascendente para la generación del conocimiento antropológico, pues el rigor científico, la aplicación correcta de las técnicas de investigación, permiten la realización de un trabajo objetivo en términos de lo que la Ciencia en ese momento concibe como tal. Sin embargo, como la Antropología estudia sociedades humanas y el investigador es un ser humano, la generación del conocimiento no se da del mismo modo en que se produce en las ciencias exactas, en donde es posible que su pertenencia a un grupo social determinado no tenga un peso muy importante en su trabajo. En las Ciencias Sociales, durante el proceso de investigación se corre el riesgo de que se dé una transformación del objeto de investigación y del investigador mismo, debido a que se trabaja con seres humanos; así, las relaciones que surgen entre el observado y el observador ejercen un efecto en el académico<sup>2</sup>, que ha sido estudiado por la teoría de la implicación. Dicha teoría justifica su existencia en tanto que

---

<sup>2</sup> No quiero decir que esta influencia se da únicamente en el investigador. También puede suceder lo mismo con el grupo estudiado, pero aquí me interesa plantear el cambio que experimenta el investigador.

«es necesario crear una 'ciencia de la ciencia', de ser necesario en contra de la ciencia, es preciso acceder al conocimiento de la investigación, de los procesos de descubrimiento, si queremos combatir los nefastos efectos de las contradicciones sobre los cuales se construye dicha investigación» (Lourau 1989: 203).

Al respecto, quiero retomar algunas de las reflexiones llevadas a cabo por lo que se ha denominado la Antropología posmoderna, en el sentido de analizar la relación investigación-investigador, que en mi caso fue importante, así como la forma en que se registra esta relación en el diario de campo, pues es necesario discutir los obstáculos que existen en la investigación social, que muchas veces tienen que ver con la pertenencia del investigador a un determinado grupo social. Me remitiré al diario de campo.

El diario de campo es un instrumento antropológico de recopilación de información. En él se registran todos los acontecimientos sucedidos diariamente y las actividades que el investigador desarrolló. Suele también ser el espacio en donde se anotan las reflexiones del investigador. Sin embargo, se procura, en nombre de la ciencia, ser lo más objetivo posible y mantenerse muy por encima de lo que se estudia y, en el momento de redactar el informe, las reflexiones personales quedan en muchas ocasiones fuera, porque no corresponden a lo que se entiende como trabajo científico.

No obstante esta visión, que ha prevalecido en el quehacer de las Ciencias Sociales, en la Antropología se analiza lo que Balandier ha denominado «las relaciones complejas que se instauran entre observador y observado» (Lourau 1989: 92) y se intenta «poner de relieve no ya el material producido, sino el análisis de las relaciones complejas o dicho de otro modo: el análisis de la implicación del investigador en su trabajo» (*ibidem*). Y al diario de campo se le concibe ya no como un modelo de instrumento para la recopilación de la información, sino como un instrumento de reflexión infinita para el análisis de las implicaciones del investigador en la investigación misma. En mi caso, el diario de campo me sirvió no sólo como un instrumento para recopilar la información, sino como un diálogo conmigo misma. En él se refleja cómo cambiaba mi percepción de la sociedad oaxaqueña.

Al iniciar la investigación, me concebía un tanto al margen del grupo que estudiaba, como si fuera extraña a dicha sociedad, para garantizar la objetividad que el trabajo requiere. Sin embargo, al estudiar la cultura de un grupo social de mi misma sociedad y conforme la investigación avanzaba, me invo-



lucré, no como investigadora, sino como oaxaqueña perteneciente a un grupo social diferente al estudiado. En un primer momento me percaté que para entender la cultura y la dominación del grupo en cuestión era necesario conocer la estructura social de Oaxaca, y que dicha dominación involucraba no sólo al grupo estudiado sino a la sociedad oaxaqueña, a los dominados y dominantes, pues cada grupo reproduce con sus actitudes la dominación existente. Después me di cuenta de que muchas de las actitudes del grupo estudiado atentaban contra los valores que yo poseo y que, sin querer, me encontraba haciendo juicios de valor respecto al grupo. Esto me llevó a pensar en la forma en que nuestros valores e ideologías inciden en la investigación social, en tanto que trabajamos con seres humanos, con valores y percepciones del mundo. Es decir, si queremos analizar cómo se construye el conocimiento en las Ciencias Sociales, es necesario analizar, primero, la relación investigador-investigado.

Esta relación que en mi caso establecí, se refleja en el diario de campo. Aquí retomaré el diario, pero en esa otra parte, la parte personal, que refleja mi implicación con los sujetos observados. Los párrafos que reproduzco a continuación se refieren a la plática que sostuve con el hermano de un Sr. Wolf cuando este último se tituló y que aludía a su visión de los indígenas como depredadores de la naturaleza, visión que es muy cercana a la que poseen los miembros del grupo estudiado<sup>3</sup>:

«Con el hermano del Sr. Wolf la plática fue tranquila. Tal vez porque en una ocasión anterior había hablado con él. Sin embargo sus comentarios me hicieron pensar muchas cosas<sup>4</sup>. ¿Cómo me ve él?, ¿Acaso no nota que mis rasgos físicos corresponden más a los de los indígenas?, ¿quiénes son para él los indígenas?, ¿los campesini-

---

<sup>3</sup> Físicamente estoy alejada de mis informantes. Mi padre pertenece al grupo zapoteco y mi madre es mestiza. Nací y crecí en la ciudad de Oaxaca, en un ambiente más urbano en donde no se hablaba el zapoteco, pero siempre se ha tenido en cuenta a mi familia paterna. Se acude a las fiestas que organizan, aunque allí la situación de mi familia es ambigua, somos parte de ellos porque mi padre es su familiar, pero no lo somos en tanto no compartimos algunos de sus valores: la lengua, la música, el vestido, etc.

<sup>4</sup> El Sr. Wolf comentaba que el clima en Oaxaca ha cambiado muchísimo. Yo opiné que eso se debe, en parte, a la deforestación que sufre el estado. A esto él comentó que los principales depredadores de la naturaleza son los indígenas, que se les encuentra destruyendo una planta, matando un animal sin razón alguna; por eso, cuando se les pregunta la razón de su comportamiento, no saben qué contestar.

nos pobres y los indigentes que pueblan la ciudad de Oaxaca? De alguna forma me sentí agredida por este señor. Era como si me dijeran que mis familiares de la Sierra son destructores por naturaleza, como culparlos por el deterioro ambiental. Sentía, al escucharlo, como si traicionara a mis familiares paternos. Era una lucha entre defenderlos y tratar de mantenerme al margen. Opté por lo segundo, pues al defender a los indios atacaría a estos grupos sociales lo cual no me beneficiaría para nada en mi trabajo».

«Creo que el Sr. Wolf sabe que mi familia paterna es de la Sierra, pues la tesis de su hermano es sobre el pueblo de donde es originaria mi familia, pero me ve, o más bien no me concibe como la hija de un zapoteco. Pienso, tal vez esté equivocada, que en él prevalece la idea de que los indios son pobres e ignorantes, como sus peones a los que llaman acasillados, o bien maestros bilingües. Tal vez mi status de universitaria permita que él tenga consideraciones conmigo» (Diario de Campo, 6 de abril de 1995).

Este testimonio, escrito en el lado derecho del diario de campo, muestra el conflicto que se vive cuando se estudia a la sociedad a la que se pertenece y las dificultades para escribir una etnografía «objetiva». Además, si para escribir esta etnografía es requisito el establecimiento del *rapport*, ¿cómo puedo establecerlo si en el investigador existen sentimientos de antipatía hacia uno o más miembros del grupo estudiado? ¿Cómo entender la cultura del grupo en cuestión, si en ella existen juicios despectivos respecto a los otros grupos sociales con los que uno se halla vinculado?

Para superar esta situación, tuve que oscilar entre el «adentro» del grupo y el «afuera» del mismo. Ello me permitió encontrar el sentido a sus actos, al situarlo dentro de un contexto más amplio: la sociedad oaxaqueña. Con esto profundicé más en el conocimiento de mi sociedad, me sensibilicé ante las manifestaciones de racismo que día a día se dan en ella. Hasta antes de la realización de esta investigación, muchas características de mi sociedad me eran desconocidas, una de ellas el racismo sutil que existe. Ahora los sucesos que se dan tienen para mí otro significado, les doy otra lectura. Es como si me mantuviera dentro de la sociedad, pero a la vez tomara mi distancia para entender los acontecimientos. Y esto es precisamente, un efecto de mi práctica como investigadora.

Cuando se concibe el trabajo de campo, no como un espacio dedicado a obtener la información que requerimos, y por lo tanto que es necesario vivir únicamente con los nativos, sino como un ámbito de reflexión y construcción

del conocimiento junto con el grupo estudiado, se comprende el sentido de las actitudes. Se debe, como lo enuncia James Clifford, concebir este conocimiento «como una negociación constructiva que involucre por lo menos a dos, y habitualmente a más sujetos conscientes y políticamente significativos» (1991: 159). De lo contrario, se corre el riesgo de presentar un conocimiento subjetivo, basado en los juicios y valores del autor, y no un conocimiento del mundo de los otros tal y como ellos lo conciben. Y aquí es importante preguntarse, ¿sólo el que escribe la etnografía es el autor?, ¿qué papel desempeñan los informantes en esa construcción del conocimiento?

En mi caso, puede que no sea de interés o que no tenga el mismo significado un piano, un mantel, unos cuadros antiguos o bien la comida oaxaqueña que fue calificada como comida de «yopes»<sup>5</sup> que lo que simboliza para el grupo estudiado. El anotar cada una de las actitudes de las personas ayuda a entender el significado que tienen estos objetos. El situar esos significados en un contexto más amplio me permitió entender la razón histórica de su permanencia, que está vinculada con su reproducción como grupo social dominante. Me enseñó a comprender la lógica de su actuación y que ella está vinculada con la construcción social de su realidad, y con esto a lograr establecer un buen rapport que me permitiera obtener la información requerida. Tal vez esto quede más claro con el siguiente fragmento de la parte íntima del diario:

«Estoy convencida que no sólo me permitió la reflexión en función de mi trabajo, lo es en términos existenciales. Allí, sentada, pensaba que hace años, tal vez pocos, no me imaginaba estar en tal fiesta. Aquí estoy porque tengo algo que me permite acceder a ella, algo que suple mi falta de dinero y nobleza: un nivel cultural aceptable y un título universitario. En otros casos puede ser el título universitario unido a una alta capacidad para el trabajo, para el manejo de los negocios.

---

<sup>5</sup> *Yope* es un término despectivo utilizado para denominar a la población de origen mesoamericano de Oaxaca. Actualmente se usa como sinónimo de tonto, bruto, ignorante, que carece de buen gusto. A principios de siglo se utilizó esta palabra para designar a la población de la Sierra Juárez que llegaba a la ciudad de Oaxaca a trabajar como mozos en las casas de los ciudadanos, a cambio de lo cual se les enseñaba el español. Es importante recalcar que realizaban los trabajos más pesados e insalubres como limpiar las cañerías. De acuerdo con Andrés Medina, los yopes eran un grupo étnico del estado de Guerrero que habitaba la población de Yopitzingo. Durante el siglo XVI se distinguieron por su bravura al enfrentar a los españoles.

Esto manifiesta la forma de pensar de estos grupos, cuyo apogeo quedó atrás y en donde la cultura era parte de ellos. Si bien personas como el Sr. Morales<sup>6</sup> o sus familiares tienen dinero, no son aceptados en estos círculos debido a su falta de cultura. Estoy casi segura que si mi presencia fue cuestionada, la de un ex maestro de obra no sólo sería cuestionada sino motivo de burla. Prueba de esta forma de pensar es Santiago Ordorika cuya economía no es nada buena, pero posee dos cosas: 1.º sus orígenes dentro de este grupo y, 2.º la educación informal propia de este medio» (Diario de Campo, abril de 1995).

Es decir, sólo puedo entender su interés por no abrirse a otros grupos si conozco su interior y el elemento que los distingue de otros grupos y que en otros tiempos les dio cierta predominancia: el nivel cultural y los valores heredados de sus antepasados europeos y estadounidenses. En otras palabras, la observación participante requiere de un arduo aprendizaje del lenguaje y de los significados del grupo estudiado, como ya lo ilustró Malinowski cuando planteó que

«hay toda una serie de fenómenos de gran importancia que no pueden recogerse mediante interrogatorios ni con el análisis de documentos, sino que tienen que ser observados en plena realidad. Llamémosles los imponderables de la vida real» (1973: 36).

El trabajo del antropólogo, al llevarse a cabo con seres humanos, implica relaciones sociales y considero que el investigador no puede permanecer al margen de ellas. Se puede describir muy bien los acontecimientos y, sin embargo, siempre en esa descripción estará presente la visión del investigador. Y aquí surge la interrogante ante el diario de campo: ¿qué parte me dice más de lo que me interesaba saber: el texto formal, es decir el lado derecho escrito de acuerdo con la aprendida en la escuela, o las reflexiones propias contenidas en el izquierdo? Lourau plantea que no puede existir una parte del diario al margen de la otra. Al respecto dice:

«La línea divisoria entre los dos tipos de diario no puede ser marcada definitivamente. No existe el adentro y el afuera en el relato etnográfico. No existe el adentro y el afuera en la ciencia, salvo

---

<sup>6</sup> El Sr. Morales es un empresario constructor, que se inició como oficial de pintura, después como contratista y por último como empresario.

en función de una línea divisoria imaginaria, no dada sino construida eventualmente por el lector, eventualmente por el grupo editor» (1989: 45).

En este sentido no comparto la afirmación de Malinowski que se halla en líneas anteriores, cuando plantea que el trabajo etnográfico tiene valor científico en la medida en que se fundamenta en las deducciones del autor basadas en su sentido común y capacidad de penetración psicológica. Al respecto preguntó, ¿cuál es la capacidad psicológica adecuada?, ¿al hablar de capacidad psicológica acaso no nos referimos a la subjetividad? O bien, ¿cómo influyen nuestros sentimientos de simpatía o antipatía hacia los nativos en esta llamada capacidad psicológica? Además, debo anotar, Malinowski le da todo el peso de la autoridad etnográfica al investigador. Los informantes no tienen participación alguna en la generación de este conocimiento.

En mi caso, mis reflexiones, mi calidad de oaxaqueña, son parte de la realidad que estudio y no pueden ni deben permanecer al margen. Como lo ilustré en líneas anteriores, experimenté el tipo de relación que el grupo en cuestión establece con los demás grupos, expresaron ante mí sus valores y percepciones del mundo que viven y, a la vez, viví, sentí, como parte de un grupo subalterno, esa dominación que ejercen lo cual puede hacer menos «objetiva» la etnografía que construí.

Esta situación me llevó a preguntarme en qué medida la sociedad oaxaqueña se asemeja a una obra de teatro, en que cada uno, por la ubicación en la estructura social, adopta un papel en la trama social, que puede ser la dominación y la subordinación de manera natural, sin cuestionar tal situación. Pero me llevó también a conocer los orígenes de esta estructura social, de lo contrario no podía entender lo que hoy en día sucede. Esta reflexión, repito, me permitió cuestionar la forma en que llevamos a cabo el trabajo de campo y la forma en que generamos el conocimiento antropológico.

Así, el trabajo de campo emprendido me sirvió para obtener la información que requería, pero también fue el espacio que permitió la reflexión sobre mi trabajo como antropóloga y sobre mi situación de oaxaqueña. Por lo que respecta al primer punto comencé a comprender la importancia de otros factores en la investigación social, como son la propia personalidad del investigador, los obstáculos que se presentan cuando se realiza el trabajo y que inciden en el estado de ánimo. Para hacer más explícito lo anterior, cito a Lourau cuando dice:

«su afectividad y su sexualidad hablan más claro que todas las intenciones conscientes ¿Por qué Hegel es seducido, fascinado por el espíritu a caballo, Marx por la demostración de la hiperenergía de la gran producción industrial?» (1989: 239).

No hay que olvidar que nosotros también somos producto de la historia.

## LAS RELACIONES DE PODER

También tomé conciencia de que en el trabajo de investigación están presentes las relaciones de poder y de que no siempre es el investigador quien detenta el poder<sup>7</sup>: hay casos en que los sujetos de investigación imponen su lógica, su poder, como me sucedió a mí. Sin embargo, el que el grupo estudiado se expresara como es, fue beneficioso para los fines que perseguía. Pude observarlos como son, tanto en sus relaciones con otros grupos como en su interior, así como entender la lógica de su actuación, el significado de algunas actitudes, lo que me llevó a centrarme más en la cultura del grupo como una forma de dominación y, a partir de esta posición, entender su lucha por conservar esta cultura para diferenciarse de los demás y justificar su posición social y económica, y menos en los mecanismos puramente económicos que utilizan para la acumulación de la riqueza. Al respecto quiero manifestar que también reflexioné acerca de la naturaleza del objeto de investigación. Es frecuente que en la construcción de los objetos se omita tomar en cuenta las condiciones sociales en que se construyen.

Entiendo el poder como

... «la probabilidad, cualquiera que sea el fundamento de ésta, que, dentro de una relación social, tiene un individuo o grupo de imponer su propia voluntad, aún contra toda resistencia» (Weber 1974, vol. I: 43).

Es decir, como dominación.

Pero el poder no sólo está en el objeto estudiado y que construimos. El poder entendido como esa urdimbre que permea a toda la sociedad estuvo

---

<sup>7</sup> Mis experiencias anteriores han sido con la población indígena de la Sierra Juárez de Oaxaca. Este hecho me permitió comparar lo que supone trabajar con los indígenas y con los empresarios de origen europeo.

presente durante el proceso de investigación, en mi relación como investigadora respecto al sujeto de investigación. Esta relación de poder varía de acuerdo con el tipo de sujeto que se tenga. En algunos casos el investigador está en una posición de dominio, en otras, como a mí me sucedió, de subordinación porque yo no soy parte del grupo estudiado, pero sí de la sociedad oaxaqueña y, por lo tanto, las relaciones que establecí con ellos estuvieron dentro del contexto social de Oaxaca. Es decir, la investigación social no se da al margen de la sociedad en que se desarrolla, sino dentro de ella. La investigación social también expresa las relaciones de poder. Esto se refiere, primero, a quienes estudiamos y, segundo, a la forma en que se lleva a cabo el trabajo de campo que involucra al sujeto de investigación y al investigador.

Al respecto, James Clifford hace una reflexión interesante cuando plantea que la Antropología debe

«esforzarse autoconscientemente para no retratar ‘otros’ abstractos y ahistóricos. Ahora es más crucial que nunca que los diferentes pueblos formen imágenes complejas y concretas de los demás, y de las relaciones de conocimiento y poder que los conectan. Pero ningún método científico o instancia ética soberana pueden garantizar la verdad de tales imágenes. Ellas están constituidas [...] en términos de relaciones históricas específicas de dominación y de diálogo» (1991: 143).

En mi caso concreto, los diferentes grupos sociales de Oaxaca están conectados por relaciones de poder. Yo no podía excluirme de ellas. Durante el trabajo de campo esto salió a flote. Pero también en los temas de interés de la investigación social están presentes innumerables factores, entre ellos el interés prioritario para el país o para la institución que otorga el financiamiento, o bien las cuestiones personales y de poder. Poco se dice acerca de estas condiciones y tal pareciera que la Ciencia Social está al margen de la historia y del poder. En la elección del tema a investigar y de la construcción posterior del objeto está presente mucho de la historia personal del investigador y de las condiciones sociales y políticas en que se realiza la investigación.

En este caso, y a la luz de la reflexión de Clifford, pienso que no es casual que en Oaxaca se haya estudiado poco a los grupos de poder y que, en cambio, sí existan numerosos estudios sobre los indígenas y los campesinos. Al respecto yo me pregunto ¿por qué estudiar a los pobres, a los indios o a los obreros?, ¿es qué los vemos como sinónimo de lo exótico, atrasado, como si

fueran nuestros salvajes a la manera en que la Antropología colonialista estudiaba a las sociedades africanas o asiáticas?, y ¿por qué se respeta el ámbito de las élites? ¿Acaso su dominación llega al campo de la Ciencias Sociales y el acceso a su espacio está prohibido? ¿Es que la situación de miseria y marginación de los indígenas los convierte en sujeto de investigación, sin tener la oportunidad de decidir si aceptan o no este papel, y en cambio las élites sí pueden, por el poder que detentan, impedir cualquier intento de ser investigados?

Esta situación no es exclusiva de Oaxaca. La encontramos en todo el país. Los estudios de las élites recién comienzan a hacerse. Los hay, en efecto, de la participación política de estos grupos, de sus relaciones con el Estado, pero pocos han incursionado en su cotidianidad, en su cultura, en los mecanismos tan finos que existen para perpetuar su dominación, tal vez porque hasta hace poco era un espacio prohibido a la investigación debido a que significaba profanar un espacio sagrado. ¿Por qué no estudiarlos si ellos representan el progreso y el poder? Porque las élites, al mantener su dominio sobre algún aspecto de la sociedad, pueden negarse a proporcionar la información requerida, a que su cotidianidad e intimidad sean violadas: no así los otros grupos sociales, sobre todo los indígenas y campesinos, a quienes las instituciones de investigación, mediante un oficio, solicitan su colaboración con el investigador y no se les pregunta si están de acuerdo con que se investigue su cultura, su forma de vida.

Sin embargo, lo difícil de realizar un estudio sobre las élites no sólo se concreta en que sea, hasta cierto punto, un espacio prohibido a la investigación social. Está el problema de quiénes pueden llevar a cabo esta tarea, porque entrar en este grupo es una experiencia muy diferente a la de conocer el mundo indígena o campesino de Oaxaca, si es que no se pertenece a ese grupo social. Se requiere de ciertas condiciones para acceder a este grupo. Es decir, este grupo reafirma su poder al establecer a quién recibe y a quién no. En el contexto específico de Oaxaca, a quién se recibe, dónde y cómo se expresa el tipo de relación que existe. El poder que detentan se expresa a través de este hecho común. En mi caso, sí bien yo no soy parte de su grupo social y en términos físicos estoy alejada de ellos, pude acceder como un favor especial que me hacían en virtud de mis antecedentes: 1.º mi hermano comparte con ellos la actividad económica y ha ocupado puestos dentro del comité directivo de la delegación Oaxaca de la Cámara Nacional de la Industria de la Construcción; 2.º soy una universitaria con estudios de postgrado y esto suplía de alguna forma mi falta de abolengo. En otros casos, los menos,



logré las entrevistas gracias a la recomendación de algunos de mis informantes, que a su vez eran personas distinguidas en el grupo, igualmente como favor especial que me hacían. En ambos casos, lo que permitió que realizara el trabajo de campo fue mi carácter de universitaria.

Conseguir la entrevista era la primera parte del trabajo; realizarla, la segunda. Y como en la primera, las relaciones de poder estaban presentes. La hora y el lugar de la cita la establecían ellos en función de sus actividades<sup>8</sup>. Se llevaron a cabo en las oficinas o en sus casas. Había que ser puntual<sup>9</sup> y acudir vestida formalmente, como una forma de reconocer su poder sobre los demás grupos sociales. Hacer la entrevista fue el otro reto. La seguridad que proporciona el poder social y económico se dejaba ver en su forma de contestar. En palabras de Bourdieu (véase Bourdieu 1988, 1995), la posesión de un capital cultural importante les permitía cuestionar algunas preguntas, su personalidad se imponía ante mí. Esto podía estudiarse como un campo en donde dos fuerzas luchan por imponerse: la del entrevistador y la del entrevistado. Ganará quien posea un conocimiento más profundo del campo y del juego<sup>10</sup>, pero el investigador se encontraba en el campo del entrevistado, lo que lo pone en desventaja. Fue muy diferente al trabajo de campo realizado con los profesores indígenas. Allí las reglas las establece el investigador porque él concentra el saber que tiene más valor, por su capacidad de imponer

---

<sup>8</sup> Esto no me parece incorrecto. Pienso que así debe ser con cualquier grupo que se estudie. Sin embargo, mi experiencia con los indígenas y maestros indígenas había sido diferente. Estos, cuando les solicitaba la entrevista, estaban dispuestos a dármela cuando yo lo indicara. Expresaban así la interiorización de los valores que los califican como inferiores a los demás grupos sociales de México, además de la subvalorización de su trabajo respecto al mío. Aquí no fue así. La actividad de ellos era más importante que mi trabajo.

<sup>9</sup> Al respecto, quiero anotar que, cuando realizo trabajo de campo, yo me adecuó al horario de los informantes, ya sean campesinos o empresarios; sin embargo, en una ocasión, como parte de un grupo de investigación, acudimos a un poblado de la Sierra Juárez de Oaxaca y llegamos a la cita que teníamos con un profesor una hora después. El profesor nos esperaba, puesto que nosotros éramos los universitarios y, por lo tanto, superiores a él. En el trabajo de campo con los empresarios tomé las precauciones para llegar a la hora citada. Esto es interesante porque pone de manifiesto que el investigador es una persona con valores y prejuicios de su propia sociedad y que lleva interiorizada una ideología.

<sup>10</sup> En el caso del trabajo desarrollado con campesinos, obreros e indígenas, el entrevistador posee un conocimiento más profundo del campo y del juego que establece. Y al existir un sentimiento de inferioridad por parte de los indígenas y de los maestros indígenas, se da por hecho que los investigadores poseen un conocimiento más valioso que el suyo. No es así con las élites.

su propia voluntad. Éstos se ponían a mi disposición, me otorgaban todo el tiempo que requería y agradecían que se les tomara en cuenta. Aquí no, yo agradecía el tiempo otorgado y la relación no fue tan estrecha, fue cordial, sino como un favor que me hacían, como condescender ante una persona ajena a ellos.

Para mostrar el peso del poder en la realización del trabajo de campo, transcribiré un fragmento del lado izquierdo de mi diario de campo que alude a mi presencia en un examen profesional de uno de mis informantes:

«Debo decir que me sentí incómoda pues nadie me presentó con la Sra. Wolf. Ella me miraba y yo también, pero sin acercarnos. Yo pensaba que ella, a su vez, pensaba ¿quién es esta persona que está aquí con tanto interés? Sentía pena, incomodidad, no podía olvidar que ella es parte de un círculo social alto, de una familia de abolen-go por parte de su padre y de extranjeros por parte de su madre, a tal grado que evitaba cruzarme con ella y buscaba a la familia del otro alumno examinado, cuyos orígenes son más semejantes a los míos» (Diario de Campo, 6 de abril de 1995)<sup>11</sup>.

Viví varias situaciones como ésta durante la realización del trabajo de campo, precisamente por mi carácter de oaxaqueña, pero sobre todo por pertenecer a un grupo calificado como socialmente inferior al estudiado. Y esta situación manifiesta cómo yo misma vivo y experimento ese poder cotidiano, sutil, y cómo lo reproduzco al evitar entrar en contacto con las personas de un nivel social más alto que el mío, a pesar de que existen algunos canales para convivir con este grupo social. Repito nuevamente que la investigación social no está al margen de las relaciones de poder, como tampoco los investigadores.

## A MANERA DE CONCLUSIÓN

He intentado mostrar, como decía Malinowski, los imponderables de la investigación social, con el fin de compartir las inquietudes que un trabajo

---

<sup>11</sup> Este fragmento del diario de campo es muestra de cómo las relaciones de poder están presentes en la investigación social. En este caso, yo misma reproducía este tipo de relaciones, al sentirme incómoda en un ambiente social calificado como superior al mío, sin tomar en cuenta que la preparación académica también es fuente de poder.

antropológico despertó en mí. Pienso que es importante poner en la mesa de discusión la forma en que construimos el conocimiento antropológico, los obstáculos que hallamos cuando estamos en trabajo de campo, los conflictos internos a los que nos conducen los fracasos, como puede ser que el informante que esperábamos no llegue, que el lugar en donde estemos carezca de las mínimas comodidades a las que estamos acostumbrados, la manera en que algunos juicios de valor expresados por el grupo estudiado nos afectan. Es importante plantear esto porque son factores que estarán presentes cuando la etnografía sea construida en el cubículo de la institución a la que pertenecemos, y que pueden afectar a la pretendida objetividad de las ciencias.

Es necesario tomar en cuenta que en el estudio de los fenómenos culturales se hallan presentes relaciones sociales y de poder, en ocasiones invisibles, pero que afectan al trabajo de investigación, ese trabajo que ha sido mitificado e idealizado y acerca de cuyos obstáculos poco se dice. Si se estudia la cultura, esto implica un trabajo cualitativo largo, que permita observarla cuando se torna en acción. Y en este proceso, ante el antropólogo desfilan un número importante de sucesos que pueden afectar su trabajo, pues ¿cómo se va a estudiar una cultura cuando uno posee su propia cultura, sus propios valores morales e ideológicos? ¿Cómo garantizar que la interpretación que hagamos sea la correcta y que en ella no haya estado presente nuestra particular forma de ver la vida? Por ello es importante describir el contexto en que se trabajó, con quiénes se trabajó y las circunstancias personales. Ya no basta con hacer trabajo de campo para que la etnografía sea objetiva y dejar fuera las experiencias vividas en el campo. Es necesario discutir cómo se hizo el trabajo de campo, en qué condiciones y cómo éstas afectaron a nuestro estado de ánimo y con ello a la manera en que vemos y retratamos a «los otros». Pienso que debemos concebir el trabajo de campo como el producto de la relación de dos o más personas, porque finalmente el nativo, el informante, nos proporciona los datos en bruto con los que construimos los informes, con que elaboramos las tesis. Esto permitirá entender mejor la lógica de la acción del grupo estudiado, las razones por las cuales construyen su realidad social de determinada forma y no de otra. No para justificarla, porque no nos toca justificar nada, sino para entender las formas de acción de la sociedad, para comprender cómo construimos nuestra sociedad y nuestras percepciones.

También es importante estar conscientes de que las relaciones de poder se hallan en nuestro trabajo. Dependiendo del contexto estaremos en una posición de dominación o de dominados, y esas relaciones afectan a la generación

del conocimiento antropológico. No basta con ir al campo a vivir con los nativos y confiar en nuestra capacidad de penetración psicológica para garantizar la objetividad del trabajo antropológico.

Finalmente quiero recordar que las relaciones de poder se expresan también en el ámbito institucional. Basta con observar qué tipo de proyectos de investigación son financiados o cuáles no; ello depende de las prioridades del Estado, no de las de la sociedad.

## BIBLIOGRAFÍA

- BALANDIER, George  
1994 *El poder en escena*. Barcelona: Paidós.
- S.E. *Acercas de la situación colonial*. Comité de alumnos de la ENAH.
- BOURDIEU, Pierre  
1988 *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.  
1995 *Respuestas. Por una Antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- CLIFFORD, James  
1991 «Sobre la autoridad etnográfica». En *El surgimiento de la antropología posmoderna* (Carlos Reynoso, comp.) pp. 141-170. Barcelona: Gedisa.
- LOUKAT, René  
1989 *El diario de investigación. Materiales para una teoría de la implicación*. México: Universidad de Guadalajara.
- MALINOWSKI, Bronislaw  
1973 *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Península.
- MARUÉS, George E. y Dick E. CUSIMAN  
1991 «Las etnografías como textos». En *El surgimiento de la antropología posmoderna* (Carlos Reynoso, comp.) pp. 171-213. Barcelona: Gedisa.
- MONTES GARCÍA, Olga  
1988 *Etnicidad y poder en Oaxaca: los empresarios criollos en una sociedad colonial*. Tesis de doctorado. Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, México.
- WEBER, Max  
1974 *Economía y sociedad*. México: F.C.E.

Recibido el 27 de marzo de 2000.